

El aporte inglés a la cultura argentina



* Andrew Graham-Yooll (Buenos Aires, 1944), periodista, escritor, poeta y traductor de poesía. Ingresó a la redacción del *Buenos Aires Herald* en 1966. En 1976 partió al exilio con su familia. Se ha desempeñado en las redacciones de *The Daily Telegraph* (1976-1977) y en *The Guardian* (1977-1984). Fue director de las revistas británicas *South* (1985-1988) e *Index on Censorship* (1989-1993). En 1993 fue *Fellow* en Wolfson College, Universidad de Cambridge; también, en Queen Mary's College, Universidad de Londres. Fue director y presidente del directorio del *Buenos Aires Herald* (1994-2007). Fue *ombudsman* en el diario *Perfil* entre 2008 y 2013. Ha traducido tres antologías bilingües de poetas argentinos, cumbia villera al inglés y tres obras de teatro de la serie Teatro x la Identidad, publicadas y presentadas en Londres. Es posible que sea el único argentino incluido en las antologías críticas de Harold Bloom (Estados Unidos), con un ensayo sobre Eugene O'Neill. Tiene publicados unos treinta libros en inglés y castellano. Tradujo diez libros de tiras de *Mafalda*, de Quino; y tres libros de *Gaturro*, de Nik. □

En este ensayo, Andrew Graham-Yooll recorre el panorama de la literatura inglesa en su relación con nuestra cultura para encontrar innumerables e importantes cruces que ponen de relieve la influencia que ha tenido el inglés en estas tierras. Y aunque no se trate de un fenómeno masivo, sin duda alguna, generó un campo común y la pregunta sobre la existencia de una literatura anglo-argentina.

Por **Andrew Graham-Yooll***

Muchas veces, parece que la diversidad cultural de la inmigración y sus idiomas de origen no ha aportado por sí sola la influencia contundente que el poder de la lengua importada podría contribuir. Es cierto que los elementos más modernos, el cine, internet, el mundo del comercio han impuesto al idioma inglés como dominante. Sin embargo, a pesar de la enorme influencia que ha tenido el inglés en la Argentina, no se puede decir que generó un espacio propio, una jerga de fabricación casera, aun cuando el *Spanglish* puede ser usado y citado como ejemplo. Pero el inglés en la Argentina no se ha asimilado ni puede esperarse que eso suceda en un país de habla hispana como, por ejemplo, sucedió en Australia, donde el terruño y las condiciones humanas instalaron nuevas formas del lenguaje.

Esto lleva a preguntarnos si existe una literatura anglo-argentina. Dado que hubo muchos y buenos escritores de la Argentina que utilizaron el inglés (pienso de inmediato en Jorge Luis Borges), los angloparlantes instalados en el país o los anglo-argentinos que pasaban de un idioma a otro, puede llegarse a aseverar que hay un género anglo-argentino. Este último comentario surge de una ocurrencia del novelista norteamericano Richard Ford (1944), quien escribió en *The Ultimate Good Luck* (1981) que la buena suerte más completa es sentirse arraigado. Pero dicho eso, ¿puede esperarse del practicante bilingüe un arraigo que llegue a ser motor de la identidad? La afirmación de doble nacionalidad es declaración de desubicación, de no pertenencia. De los escritores se espera por lo general la creación de una sensación de pertenencia, de raíz, al fusionar personas y paisajes. En un país de inmigrantes hay un sentido de lugar, pero hay millones de identidades a las que les falta definición. En el caso de la

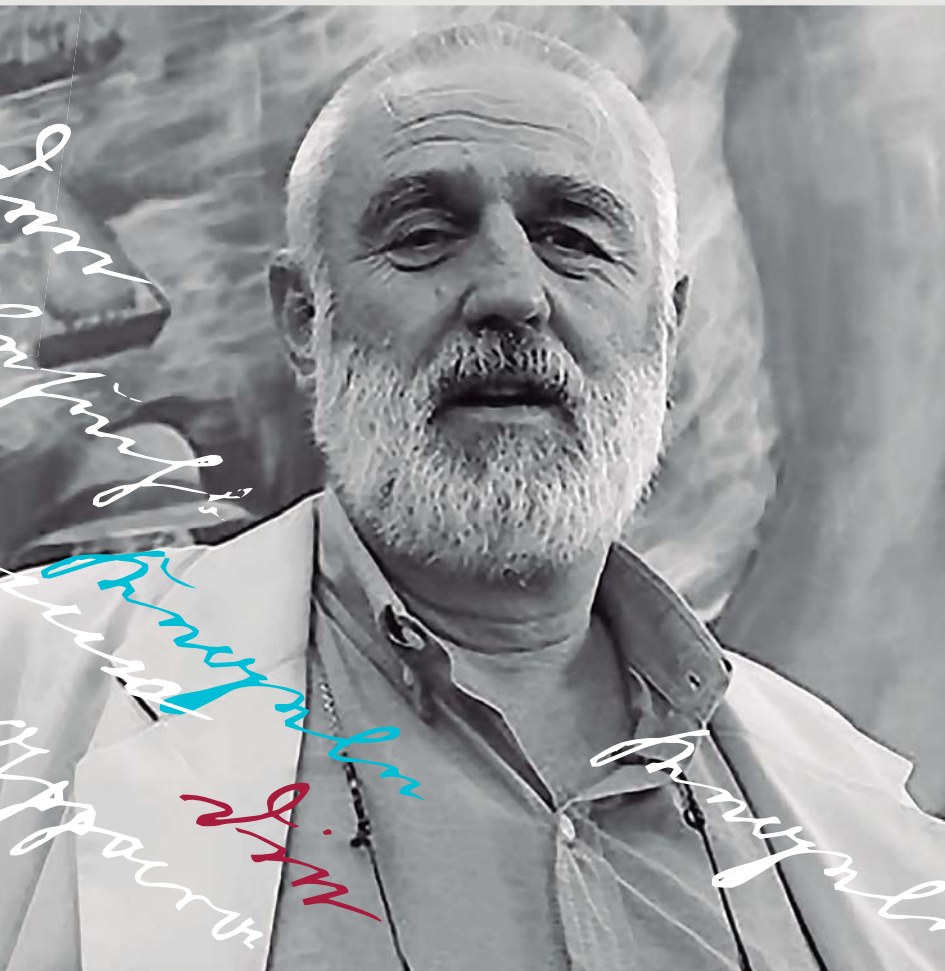
escritura argentina en inglés, o viceversa, la pertenencia muchas veces parece vacilante. A pesar de esto, puede hablarse de una literatura anglo-argentina, si bien no muy extendida ni muy conocida.

Hay un frondoso catálogo de escritos de «viajeros» ingleses del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y para resumir este subgénero de «anglo-argentinos» digamos que los más leídos y citados, en forma casi inevitable, comienzan por William Henry (Guillermo Enrique) Hudson (1841-1922), quien ilustra bien el estado bilingüe, dado que está instalado en la literatura de Inglaterra y de la Argentina con títulos como *Idle Days in Patagonia* (1893) y *Allá lejos y hace tiempo* (1918). Y le sigue a Hudson el algo marginado pero magnífico Robert Cunninghame Graham, «don Roberto», creador de personajes tan criollos y naturales como los «ingleses» *Facón Grande* y *Facón Chico*, inspirados por Henry Edwards y John Taylor, personajes importantes del enclave de fines de los años setenta del siglo XIX, la Colonia Inglesa de Sauce Grande, cerca de Bahía Blanca (Monacci, 1979).

En una época que data de hace tan solo unas pocas décadas, estos escritores engrosaron la lista de los «viajeros». El tema se usó hasta la saturación para explicar la influencia neocolonial europea en el Río de la Plata.

A propósito de Cunninghame Graham, la prensa comentaba a fines del siglo XIX que ya en vida el conocido don Roberto estaba pasado de moda: «La vida sobre la cual escribía está ya casi muerta» (*Review of the River Plate*, 9 de diciembre de 1899). Según el *Review*, don Roberto había sido reemplazado en preferencia por las crónicas de William Bulfin (1864-1910), irlandés cuyas descripciones de la vida





social en Buenos Aires y el interior, que firmaba *Che Bueno*, gustaban mucho más en Inglaterra (Wilkinson, 1997).

Durante el siglo xx, los escritores que dejaron crónicas de viaje son los menos conocidos y registrados, por la inevitable presencia de una literatura anterior que estableció una «literatura» y una iconografía (por ejemplo, Emeric Essex Vidal), única en la construcción de un referente documental de la nación, ya que se remonta a los años inmediatamente posteriores a la Independencia, a lo largo del siglo xix.

Los «viajeros» incluyen autores como el abogado inglés Philip Guedalla (1889-1944) y su crónica, *Argentine Tango* (1932), una descripción de Buenos Aires poco feliz desde su llegada al puerto de la ciudad. Vale el esfuerzo recuperar estos escritos para reconstruir la historia de la ciudad. También están permanentes en la vida silvestre de Sudamérica el viajero y coleccionista Gerald Durrell (1925-1995) y las muy urbanas crónicas del humorista húngaro-británico George Mikes (1912-1987) con su *Tango, a Solo Across South America* (1963). Hay que incluir al poeta «laureado»

de Inglaterra, John Masefield (1878-1967), hombre de mar en sus orígenes y poeta siempre, quien murió sin revelar jamás cómo había escrito el poema *Rosas* (1913) y *Los campos de narcisos* (*The Daffodil Fields*, 1912), este último inspirado en un cuento islandés, pero emplazado en la Argentina.

De aquí pasamos a una posible selección de autores anglo-argentinos que contiene algunos nombres poco conocidos, pero que se espera algún día se instalen como curiosidad producto de su tiempo. La breve lista comienza con Esteban Lucas Bridges y su padre Thomas; incluye al desconocido David Wilson, a quien le sigue Bernard *Barney* Dickinson; celebra a Walter Hubbard Owen y rinde un pequeño homenaje a Nora Mackinnon y a William Shand —este último por el volumen de su obra—; y reclama atención para el olvidado Gordon Meyer.

Esteban Lucas Bridges (1874-1949), de Tierra del Fuego, fue el tercer hijo del reverendo Thomas Bridges, miembro y representante de la South American Missionary Society. Su apellido supuestamente venía del lugar donde fue hallado el futuro religioso, en 1845 un niño de tres

años de edad abandonado en un puente de Bristol. Thomas Bridges llegó a ser conservacionista de la vida silvestre y científico autodidacta en Tierra del Fuego, así como protector de los nativos que los colonos ingleses cazaban por deporte hasta casi aniquilarlos. Bridges «compiló» el diccionario yámana-inglés de la lengua yagán, que se publicó por primera vez a principios del siglo xx. Sus descendientes reimprimieron el diccionario en 1988 para celebrar el centenario de la estancia Harberton en Tierra del Fuego. Thomas Bridges aprendió la lengua de los nativos que asistían a su escuela en la isla Vigía (Keppel Island), que también era un refugio para los onas (*shelknam*).

Pero el que logró más renombre fue Esteban Lucas Bridges, hijo de Thomas, autor de un solo libro que llegó a ser un clásico de la literatura patagónica: *El último confín de la tierra* (*Uttermost Part of the Earth*), publicado en Londres en 1948 por Hodder & Stoughton.

El que sigue en esta lista es David Bremer Wilson (1907-1986), nacido en Hampshire (Inglaterra), hijo de un maquinista de la Armada Real. Partió para la Argentina con el personal de la empresa Cable & Wireless (alguna vez conocida en Buenos Aires como Western Telegraph Co. Ltd.), en 1927, año en que un chevrolet flamante costaba 378 libras esterlinas y un cadillac, 1650 libras esterlinas en los salones de venta de la ciudad. Atado por contrato a una vieja corporación imperial, Wilson soñaba con quedarse en la Argentina. En 1932 terminó su contrato con la empresa de telégrafos y se quedó como empleado en las fincas de la empresa Liebig en Misiones y Corrientes. Pasó el resto de su vida en las estancias de los herederos de Justus Freibert von Leibig (1803-1873), elevado a barón en 1845, a quien se recuerda por su extracto de carne, que la empresa Bovril introdujo en la Argentina. Wilson publicó varias decenas de artículos e historias, muchas de ellas en el *Bulletin* de la ABCC (Argentine British Community Council, ente benéfico central de la colectividad británica), en su mayoría sobre la vida silvestre y sus memorias de sus primeros años en la Argentina.

«El aporte inglés a la cultura argentina»

Desde su hogar en Mercedes (Corrientes), Wilson escribió tres años antes de su muerte:

No me gustan los museos, soy un naturalista de campo. Sin embargo, he escrito guías y libros, lo que uno generalmente tiene que hacer para los museos, basados en la observación y en animales muertos... Me gustan los animales vivos... Me gusta estar solo, sigo estudiando los pájaros desde mi reposera en el jardín. Pocas veces hablo en inglés, excepto con los perros y no me gusta mucho la gente. En los tiempos del Barón, es decir en los tiempos de la empresa Liebig porque el Barón ya hacía mucho estaba muerto, los pájaros estaban protegidos pero ahora se vendieron las tierras y la gente viene con sus chicos y los amigos a matar pájaros, hasta en los jardines... He descubierto que los únicos con quienes todavía quiero conversar son la gente más primitiva o los verdaderamente civilizados. Pero amo el campo, los pájaros y los animales (Wilson, 1982-1983).

Sus relatos dieron vida a pájaros y hombres y a los sonidos de la tierra en sus *Cuentos de la Tierra Roja (Tales of the Red Earth)*, que publicaba el mencionado *Bulletin*. Hay aquí resabios de William H. Hudson, quien, al dejar la Argentina en abril de 1874, dijo que los argentinos eran italianos que mataban pajaritos.

El próximo en esta lista es Bernard Barney Dickinson (1913-1981), nacido argentino, quien murió en San Martín de los Andes siete meses antes de la guerra de Malvinas y una semana después de su última práctica de esquí en el sur andino. Vivió en las montañas gran parte de su vida, criando ovejas en las serranías y ganándose la vida en las estancias de la Patagonia. Dickinson era famoso en el sur por haber hospedado a viajeros y escaladores de la talla de Eric Sipton (1907-1977) y Christian Bonnington (1934), además del andinista y escritor Frank Smythe (1900-1949), en la hostería Arrayán; y durante treinta años escribió cuentos sobre la Patagonia y los Andes en la revista *Blackwood's* de Edimburgo (cerró en 1980). La revista mensual era la recolectora natural de los escritos de antiguos funcionarios del servicio exterior inglés y de veteranos de la Segunda Guerra Mundial.

A los veintiocho años, en junio de 1941, Dickinson había partido con su esposa, Frances, con quien se había casado un mes antes, para unirse a la Real Fuerza Aérea (Meunier *et ál.* 2004). Se entrenó como piloto de bombarderos y durante el vigésimo ataque de su tercer circuito y en la víspera de su licencia en 1943 fue derribado sobre la Selva Negra. Anduvo por los cerros durante once días, logró fugarse a Suiza, pero por error volvió a cruzar la frontera y reingresó a Alemania, donde fue capturado por una patrulla militar. Al terminar la guerra, Dickinson regresó a la Patagonia, donde escribió durante el resto de su vida, mientras su mujer dirigía la hostería.

Un escocés, Walter Hubbard Owen (1884-1953), nacido en Glasgow, educado en el Hillhead High School, llegó a Buenos Aires en 1902. Para quienes lo recuerdan, su obra mayor es la primera traducción al inglés del *Martín Fierro* (1872), de José Hernández, hecho que elevó a Owen al nivel de prócer en los circuitos porteños, y hasta llegó a firmar las servilletas en los restaurantes para gente que se expresaba como admiradores (Owen, 1936). Su biógrafa, la baronesa Hartingh, lo recuerda más allá de su poesía y sus traducciones por sus creencias en lo místico y lo esotérico, «poeta y místico, hombre de negocios y amante de la paz» (Hartingh, 1966).

Owen publicaba sus poemas en el diario *The Standard* bajo seudónimo. Era una época en que la colectividad británica no consideraba serio el oficio de escribir y menos serio aún escribir poesía. A pesar de esto, su poema *The Cross of Carl* (1917), un himno a la paz, fue bien recibido cuando se publicó por fin en *The Times Literary Supplement*, en 1931. Los censores militares de fines de la Primera Guerra Mundial habían objetado la pieza y se archivó por casi quince años. Si se lo recuerda hoy a Owen es, aparte de la primera versión inglesa del *Martín Fierro*, por la traducción al inglés de otros clásicos: *Fausto* (1866), de Estanislao del Campo; *Don Juan Tenorio* (1844), de José Zorrilla; y *Tabaré* (1888), del poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín.

En su última década de vida, Owen encaró la traducción del poema épico *La Araucana* (1569-1589), de Alfonso de Ercilla y Zúñiga, culminado en sus últimos meses; y desde una cama en el Hospital Británico, la traducción de los viajes de Juan Ortiz de Zárate al Río de

la Plata del siglo XVI; el *Arauco Domado* (1596), de Pedro de Oña; y la narración de la expedición de Sir Francis Drake a las Indias Occidentales por Juan de Castellanos.

Nora B. Mackinnon (1922), nacida en Olivos (provincia de Buenos Aires), tiene una colección de obras, en su mayoría breves, que aparecieron en el *Buenos Aires Herald* y en algunas publicaciones británicas (como el diario *The Independent*); y un libro de memorias de la Patagonia, publicado en Londres y Buenos Aires, que escribe con un estilo dulce y nostálgico de una Argentina que ya no existe. Ambientadas en la Patagonia (siempre vivió en Esquel), sus obras están dedicadas a la historia y a la vida en las estancias del sur argentino, desde los pueblos galeses de Chubut hasta las desventuras de fin de siglo de los forajidos Butch Cassidy y el Sundance Kid, y también algo de la vida actual (Mackinnon, 2003).

El más prolífico y longevo de todos fue William Shand (1903-1997), autor de teatro, poesía y cuentos, que acumuló premios y reconocimientos a lo largo de su vida. Sin embargo, quizás se lo vaya a recordar por un solo libro, una antología de poesía argentina traducida al inglés que incluye a más de cien escritores (Shand, 1969). Es una colección importante dado el momento de su publicación (1969), que logra pasar por alto las divisiones políticas de las décadas de los sesenta y setenta que amenazaron causar serio daño al mundo creativo. Shand tiene otras cinco antologías de poetas ingleses y estadounidenses traducidos al castellano (en colaboración con el poeta Alberto Girri, 1919-1991); una docena de colecciones de sus propios poemas, en inglés y castellano; y más de una decena de piezas teatrales. De todo esto hay unos cuantos poemas en castellano que deberían sobrevivirlo, pero el tiempo y la memoria son a veces injustos en este rubro. En el mundo de la música, su libreto de 1990, otra vez con Girri, para la ópera *Beatrix Cenci*, de Alberto Ginastera, fue un encargo específico de la Opera Society de Washington.

Shand nació en Glasgow (Escocia) y le gustaba que se lo mencionara como «escocés». Pero su lugar de nacimiento había sido en apariencia un accidente geográfico, dado que su madre, nacida en Tbilisi, y su padre, un hombre de negocios inglés, eran sólidos burgueses residentes

en Clapham Common, al sur de Londres. Shand publicó en Inglaterra por primera vez en el semanario *The Observer*. En 1938 viajó a Buenos Aires con su primera esposa y aquí estableció una agencia de suscripciones de periódicos que dirigió hasta 1975. Su primer libro se publicó en 1942 en Buenos Aires, con presentación de Jorge Luis Borges.

A diferencia de Bridges, Wilson, Dickinson Owen y Mackinnon, Shand escribió la mayor parte de su obra en castellano y fue un autor particularmente «urbano» y nada ligado al «campo».

Cuando Gordon (Oswald Reginald) Meyer murió de cáncer en el Hospital St. George, al sur de Londres, el 8 de julio de 1968, y si bien precedió en la muerte a otros mencionados aquí, fue algo así como el fin de la era de los viajeros escritores ingleses. Se cerraba un estilo, una forma de ver al país, algo que puede resumirse en el género de «Southamericana». Meyer cultivó el estilo, fue un observador versátil y bien documentado sobre el país que adoptó en forma temporaria como su lugar en el mundo. Compartió con Lawrence Durrell, que vivió en Buenos Aires y en Córdoba en 1948, el amor por Grecia y el Mediterráneo; pero, a diferencia del autor de la trilogía de Alejandría, Meyer buscaba nuevos territorios. Sin embargo, Meyer nunca llegó a comprender ni conocer bien la Argentina, aunque siempre quiso establecer un vínculo fuerte con el país, como estado de ánimo más que como destino.

Meyer nació en Londres en 1919, hijo de un próspero comerciante textil. Se educó en una escuela en Surrey y luego estudió inglés y árabe en Oxford, de donde se fue sin graduarse en junio de 1940. Ingresó a la Marina Real en agosto, como marinero de cubierta. En abril de 1942 fue ascendido a subteniente y luego, como teniente, tuvo el comando de un torpedero. Meyer se casó por primera vez en 1944. Sus dos hijos nacieron de ese matrimonio, que terminó en 1951. Un encuentro en Londres con la argentina Inés Osella, que sería luego su segunda esposa, lo trajo a Buenos Aires en 1954 (Graham-Yooll, 2010). El negocio textil de la familia en Inglaterra cerró en 1956 y Meyer decidió que Buenos Aires sería su hogar.

Fue Bernard *Barney* Dickinson quien accidentalmente lo llevó a escribir. Meyer y Osella habían viajado al sur buscando aire limpio y seco en San Martín de los Andes, donde Dickinson tenía el hotel Arrayán, y Meyer se recuperaba de tuberculosis. Dickinson exhibió sus cuentos y escritos en Blackwoods, y Meyer decidió emularlo. En 1958 publicó su primer cuento (Wilson, 1991). El gran admirador y editor de Meyer sería el poeta inglés Alan Ross (1922-2001), que publicó la mayoría de sus cuentos y una antología. Uno de sus amigos en Buenos Aires, el crítico y educador Patrick Dudgeon, director de una escuela de idiomas donde Meyer dio clase, escribió lo siguiente:

Las novelas de Gordon son notables por el tema y la ambientación. Bariloche en *Dolls* (Muñecas), la Capital Federal y su vida de ocio en *Quits* y la vida de campo en *Death in the Campo...* Uno se transporta desde una belleza idílica al más crudo realismo o naturismo. Yo recuerdo el desagrado del embajador Sir Eugen Millington-Drake ante la descripción de un cierto tipo de burdel porteño (Dudgeon, 1985).

La producción literaria de Meyer no es muy grande, pero es de calidad: publicó una novela, tres novelas cortas en un volumen, dos libros de viajes por Paraguay y Bolivia, dos colecciones de cuentos y un gran número de piezas sueltas.

En 1962 Meyer se separó de Inés Osella, se casó con la uruguaya Mara Rincón, y se fueron a vivir a Faro José Ignacio, desde donde le escribió a Alan Ross: «Estamos en una cabaña de pescadores, de tres habitaciones, no lejos de la frontera brasileña, en una pequeña península con un faro y algunas viviendas. Desnudos. Unas vistas tremendas, pero Uruguay es un país no dramático que simplemente revela todo... la gente es bastante agradable, especialmente después de los argentinos de Buenos Aires... Trabajo por la mañana y a veces por la noche».

El fin no estaba lejos: se separó de Mara Rincón en octubre de 1967, en París. Ella quiso regresar a Uruguay, Meyer quería instalarse en Florencia. Menos de un año después había muerto. Su partida de defunción registra como último domicilio *Hendaye* (Punta del Este). Quizás el problema de Meyer fue uno de ubicación, de pertenencia insatisfecha, ¿dónde, no con quién? Otra vez el gran problema del creador anglo-argentino. El obituario en *The Times*, en julio de 1968, escrito por Alan Ross, decía: «No conozco ningún escritor de su edad para quien el futuro parecía tan rico en promesas o que sugiriera tan profundamente, y ya de modo frustrante, que lo que había publicado era solo el comienzo».

El género de «Southamericana», casi contemporáneo, es modesto pero a la vez más rico de lo que aparenta a primera vista, quizás porque todo lo que atañe a las colectividades de las grandes naciones europeas no siempre ha dejado herencias visibles. En este sector pueden incluirse autores internacionales como Bruce Chatwin (*In Patagonia*), Paul Theroux (*Old Patagonian Express*) o Santa Montefiore (1970) (*Meet Me Under the Ombú Tree*, 2001), esta última inglesa hija de madre anglo-argentina. Pero hay otros locales que debemos recordar en esta galería del mestizaje cultural, entre ellos, Thomas Hudson, biógrafo del almirante Guillermo Brown y el general Miller; Dereck Foster (1931), más propenso a la escritura gastronómica, pero también con estudios históricos en inglés y castellano; y la canadiense (nacida en la India) Susan Wilkinson, novelista e historiadora, cuyo bisabuelo llegó al país con los galeses de Chubut (Wilkinson, 2007). Y hay más. Rescatemos aquí, para terminar, dos figuras de enorme talento, el guionista y novelista norteamericano Warren (David) Kieffer (1929-1995) y el poeta Patrick Morgan (1934-2003), quien también regentó la redacción del *Buenos Aires Herald*. La calidad de la poesía de Morgan fue reconocida por figuras como el poeta inglés Stephen Spender y otros que ayudaron para que su obra se difundiera en los Estados Unidos.

Para todos estos creadores, innovadores, pioneros y artistas, este homenaje: el recuerdo que asegura la permanencia de su contribución a la integración bicentennial de las culturas en el suelo argentino. □